

SANTA ISABEL

Salió de "Santa Isabel" con la idea fija de acostarse esa misma noche con una mujer, esa misma tarde en lo posible.

Recibió de un policía displicente el sobre con sus escasas pertenencias, el cabo Giménez le entregó una bolsa plástica con sus ropas -aquéllas- y tuvo tiempo para mirar un reloj que le decía que eran exactamente las once y cuatro minutos. Debió firmar unos papeles y, sintiendo que su paso era en realidad demasiado vivaz para lo solemne del momento, trató de paladear el instante infinito de su libertad. Se dirigió inevitable hacia la salida. Había mucho sol.

En la calle, le pareció increíble, nadie tuvo siquiera la intención de mirarlo con curiosidad o con desprecio. Recordó, sin pensarlo, que en la ciudad cohabitaban varios millones de personas, todos en el fondo como él, sin rumbo fijo. En el bolsillo izquierdo de su pantalón había algunos billetes, lo suficiente para unos días. Podía comer. O beber.

Pero sus deseos largamente demorados lo decidieron a proceder de otro modo. Prefirió llegar hasta la siguiente avenida, pedir un café y enfrentarse lentamente a un periódico; eso le daría la posibilidad de disfrutar -pensaba- como si se tratase de un pacífico ciudadano que gozara de sus merecidas vacaciones. Al leer ese diario, sin embargo, comprendió que todavía había alguna forma de justicia en este mundo diabólico, porque Joaquín Serrano era ahora un hombre afortunado. El "Bicho" -como le había apodado alguien en un tiempo que ya parecía remoto- estaba en el sendero dorado de las altas finanzas: tal vez los tres años, seis meses y catorce días de "Santa Isabel", las mil doscientos noventa y dos jornadas de su agonía, perfectamente contadas, no habían sido del todo en vano.

Habituado a dominar sus más primarias reacciones se mantuvo sentado, plácidamente, mientras le traían otros periódicos y otro café con leche. No cometió siquiera, en esa primera hora de demorada euforia, el error infantil de intentar elaborar un plan. Mas bien huyó, pensativo, de los proyectos alocados que en una tarde u otra lo visitarían en su celda, mientras leía con voracidad para asimilar los datos de un presente que todavía no adquiriría la consistencia plena de las cosas reales.

Se decidió por fin a dejar ese refugio, internándose en el laberinto de una ciudad que había crecido bastante a sus espaldas, vagamente aceptando que antes que una mujer o que dinero necesitaba de otras cosas. Lo primero, se dijo, era cambiar de aspecto, dejar lo más lejos posible ese olor a presidio que podría notarse desde lejos. Luego de las rituales visitas a un restaurant, una barbería y una tienda, ya más seguro de sí, emprendió en viaje

hacia el edificio donde estaría la opulenta oficina de El Bicho. Todavía no sabía donde iría a dormir en esa noche.

Llegó como a las tres. La única cerveza del almuerzo, que le supo deliciosa, le había caído sin embargo mal. Se sentía amodorrado, lento, y ni siquiera otro café logró mejorar su ánimo.

En el edificio lo guiaron, con algo de impersonal reticencia, hasta el piso donde se encontraba el despacho del Doctor Serrano. Todo fue lento, laborioso, pero en definitiva fácil de realizar: al cabo de un rato abrió la puerta que conducía a una pequeña oficina, la de la secretaria privada. No había nadie allí.

Se quedó esperando, de pie, mientras se esforzaba por no dar muestras de temor o de impaciencia. Cuando la mujer entró, sin embargo, no pudo ocultar su sorpresa:

-Iraima!

Ella lo miró en silencio, sin acercarse, y esbozó luego una breve sonrisa:

-Te queda mejor estar más delgado...

-Hasta hoy he hecho una dieta estricta, tú lo sabes.

-Siéntate.

Se enfrentaron a través del elegante escritorio, ambos más tensos de lo que deseaban mostrar. Ella comenzó a ordenar unos papeles, examinándolos brevemente, evitando cruzar su mirada con la de él. Como al pasar dijo:

-Llegaste en un mal día, Jorge. Joaquín no va a venir sino hasta tarde; a lo mejor ni se aparece por acá. Tiene una reunión con un grupo de accionistas.

-Me pareció que tenía que saludar a los viejos amigos.

-Ortega y El Chino tal vez lleguen dentro de un rato.

-¿Ellos también trabajan aquí?

-Bueno -dijo ella reservada- colaboran a veces con nosotros.

El no hizo más preguntas, porque entendió que de nada le valdría mostrar demasiada curiosidad. Mientras miraba sus largas uñas y sus pestañas postizas percibió que lo abatía, sin control, una indeseada pesadumbre: la de sentir que otra vez estaba prisionero de lo que los demás quisiesen proponerle, la de formar parte de algo anónimo que lo dominaba y que podría determinar hasta las más ínfimas acciones de sus días.

Ella notó que algo le ocurría, como si ese hombre enjuto se hubiese replegado a un lugar inalcanzable. Intrigada, con algo de esa culpa que tienen los que no han sufrido, lo miró por fin a los ojos:

-No creas que te olvidamos, Jorge. Yo no, por lo menos.

El sólo sonrió. Y, tontamente, se sintió otra vez bien. Tal vez ésta era la mujer, fantaseó, la que lo aguardaba más allá de su celda para evitarle la humillación de tener que pagar por su primera noche. Y, junto a ese despertar de su astucia y sus sentidos, encontró otra vez que estaba libre: podía esperar a sus antiguos compañeros o salir de allí, como si nada hubiese pasado; podía aceptar o rechazar lo que estuvieran dispuestos a concederle, o hasta llegar también a la escena que firmemente descartaba, la de las lamentaciones y los reclamos. Casi sin darse cuenta de lo que decía propuso:

-Debieras invitarme a cenar, aunque sea esta noche. Tengo muchos planes, muchos proyectos que quiero cumplir, como en las promesas de fin de año, pero hoy necesito descansar de mí mismo. Ya me habían dicho que el primer día es siempre un poco difícil.

Ella volvió a mirarlo, con los ojos ligeramente entrecerrados; su cara se veía tersa aún, en la plenitud de los treinta y tantos, aunque tenía una expresión más dura y eficiente, una especie de nueva madurez que aumentaba su atractivo.

-No puedo... esto es más exigente de lo que tú imaginas-. Dirigió otra vez la vista a los papeles, pero sólo por unos segundos. Sonrió: -Antes no eras tan desenvuelto, Jorge.

-Antes me sentía como un héroe, Iraima, aunque le temía a las cosas más simples-. Cruzó sus piernas, que sentía acariciadas por la tela tibia de la ropa recién comprada. -Pensé que sería bueno para los dos conversar un rato, con calma... Fuera de aquí, por supuesto.

Ella abrió la boca como para decir algo, pero se contuvo. Vacilaba entre la curiosidad y el rechazo, entre la nunca olvidada solidaridad y el temor a un pasado que no quería volver a recordar. Permanecieron así, observándose durante un largo minuto.

-Abajo hay una cervecería... no acá, dos cuadras más adelante, en el primer piso del centro comercial. No te puedo asegurar que vaya, porque aquí siempre hay imprevistos, pero si no te importara esperar...

-Eso no me preocupa; casi toda la vida me la he pasado esperando... ¿hasta qué hora, más o menos, vale la pena que me quede?

-Bueno, si no llego antes de las seis es que ya no podremos ir a cenar. Discúlpame.

El caminó despacio, por la ancha avenida que le ofrecía tantas cosas nuevas. Se detuvo, parsimonioso, a observar las ropas que usaba la gente, los colores que iba pintando el sol sobre las calles, las conversaciones que quedaban inconclusas a su paso.

El lugar era cálido, más bien pequeño, y tenía la habitual decoración de esos sitios: jamones y botellas de vino, ristras de ajos y carteles de toros; había un olor ligeramente ácido, agradable, que le hizo recordar tiempos pasados. Con otro periódico en la mano se sentó, en una mesa algo apartada, desde la que sin embargo podía dominar la puerta. Leyó ahora con detenimiento la página de los deportes, mientras alargaba con prudencia una cerveza.

No eran todavía las cinco y cuarto cuando la vio entrar, decidida, con su conjunto de dos piezas azul claro que tan bien le quedaba; vestía con gusto, a la moda, y llevaba con soltura sus largos zarcillos y su ondulado pelo.

Se dirigió a su mesa y se sentó, sin preámbulos. Jorge, al intuir que podía renacer el compañerismo de otra época, comprendió que ya había pasado el momento más difícil. Pero no habló de su soledad.

-Cuando me viste te asustaste un poco, verdad?

-No, ¿por qué? Yo no tengo nada que temer.

-Está bien, lo acepto, no es esa la palabra. No digo que hayas tenido miedo; pero me parece que te resultó perturbador, o incómodo, o como quieras llamarlo. No sé... estabas como rígida.

-Tú también; se te veía tenso, un poco raro. Bueno, es natural, fue una sorpresa para mí: nadie me había dicho que podrías salir tan pronto.

Pero él continuó, marcando las palabras con cierto aire maligno:

-Al verme pensaste que podía pasar algo malo ¿verdad?, algo desagradable, que conmigo tal vez llegaban años de odio reprimido. Te comprendo. Debe ser como cuando de pronto se abre una puerta y entran los ruidos desapacibles de la calle.

Iraima se quedó callada, con el comienzo de una sonrisa sobre sus rojos labios, asintiendo tácitamente. El, entonces, cambió de tono:

-Tuve que aprender muchas cosas allá, Iraima; era indispensable para sobrevivir. Hubo una noche interminable en la que diseñé completa mi venganza: las armas, las muertes, las terribles palabras. Demoré luego meses en perfeccionar mi plan, acariciándolo, deleitándome en resolver cada detalle. Entonces, cuando ya todo estaba listo y nada me quedaba por hacer sino esperar, lo deseché por completo. Comencé a trabajar en la imprenta, a estudiar el oficio; me gustó.

-¿Aparecía yo en ese plan?

El se recostó en su asiento, apretando los labios y cruzando los brazos. Llamó al mesonero y pidió otras dos cervezas. Su delgada figura, en la penumbra, resultaba un poco teatral.

-Al principio no. Mi odio se concentraba en El Bicho, sólo en él, y me figuraba matándolo de mil modos diferentes, torturándolo a veces, construyendo agonías espantosas. No pensaba tocar a sus amigos, porque eran en parte también los míos, aunque pensé que a Ortega, tal leal a su jefe, quizás tuviera que darle un balazo.

Llegaron los altos vasos con la bebida fría, espumosa, pero él casi no se interrumpió:

-Luego pensé que a ti podían haberte pasado dos cosas: o eras ya, definitivamente, la mujer de Serrano, su amante, o te habías salido de todo aquello y estabas casada con algún empleado público o un profesor de liceo, criando con devoción a tus hijos. No te rías, me parecía lo más probable...

-Es que mi marido es profesor, aunque trabaja en el ministerio, no está dando clases ahora.

-Entonces te salvabas. Pero si no era así, si seguías siendo la mujer de Serrano...

-¡Es que nunca lo fui!

-Bueno, quizás la mujer no, pero supongo que algunas veces te habrás acostado con él...

-Estás equivocado, Jorge.

-Está bien, no importa, se trataba sólo de una posibilidad. Pero en ese caso me proponía matarte también, no podía dejarte escapar.

Ella, conjeturando con precisión sobre las fantasías de ese hombre, le preguntó con un gesto coqueto:

-¿Torturándome también?

-En estos casos a las mujeres no se las tortura, se las viola -dijo él sentencioso. Y agregó:
-Lo imaginaba a veces con verdadero placer.

Ella, que en realidad había adivinado, dejó escapar un grito ahogado. El rió: con una risa que sonaba extrañamente cristalina, que se elevaba pura e inocente, a pesar de las palabras.

-La verdad es que no te reconozco, Jorge. Bueno, dicen que cuando se está preso se piensa mucho en el sexo, en todas las mujeres...

-No tanto, no. Hay que controlarse, de otro modo uno termina por dañarse a sí mismo.

-Pero tú nunca habías pensado en mí antes...

-Tal vez sí.

-Nunca lo imaginé, te lo aseguro. Parecías tan serio, tan poco interesado en los demás... Estabas siempre adusto, introvertido, como si vivieras en otro mundo. No se me ocurría que fueses capaz de sentir alguna clase de placer.

-Tú no me conocías.

La conversación siguió, fluida, cada vez más íntima y directa, explorando un pasado que nunca habían pensado juntos. Pidieron unos callos, y luego Irima se disculpó, porque tenía que hacer una llamada. Se la veía algo contrariada cuando regresó:

-No sé si podré quedarme mucho más. No he logrado comunicarme con mi casa.

-Como tú quieras.

-Tendré que volver a llamar dentro de un rato.

Entonces él, que ya había bebido unas tres o cuatro cervezas, se dirigió hacia el baño; al incorporarse sintió que sus piernas vacilaban y que rápidamente perdía el control sobre su propio cuerpo. Era precisamente eso lo que trataba de evitar desde la mañana. Se propuso, algo alarmado, hacer una larga pausa antes de pedir la próxima cerveza. Pero en ese instante volvió a experimentar, con deleite, la misma sensación que tuviera en la tarde: a pesar de todo ahora sí podía abandonarse a sus deseos, hacer lo que quisiera, aunque lo echase todo a perder y aunque no hubiese resuelto todavía donde pasar la noche.

Mientras ella hacía otro intento en el teléfono él pidió unos camarones al ajillo; eran poco más de las siete, pero había tenido que adquirir la costumbre de cenar temprano.

Ella llegó, apenas ocultando una sonrisa, y se sentó diciendo:

-Ahora me siento más tranquila...

-¿Ya está todo arreglado?

-Sí-. Su sonrisa se abrió-. Una secretaria ejecutiva, y además casada, está en la obligación de ser organizada. Ahora podemos seguir conversando.

Pero no conversaron; comieron en silencio, mirándose de a ratos, sin siquiera apreciar la discutible calidad de lo que les habían servido. Hundían los tenedores en la pequeña fuente de barro, uno después del otro, alternándose como si participaran en un juego o en una ceremonia privada. Cuando ya sólo quedaban dos o tres camarones en la pequeña cazuela él hizo un gesto, ofreciéndoselos, y dijo de pronto:

-Hay una cosa que quiero decirte antes de que la bebida me haga efecto.

-Pero si no hemos bebido nada..! Apenas unas cervezas.

-Es que he perdido un poco la costumbre.

-Bueno, está bien, tendrás que ir adaptándote poco a poco. ¿Qué ibas a decirme?

El se demoró, entornando los ojos antes de contestar:

-Que estás muy linda, de verdad, que me hace bien hablar contigo. No, no es por lo que te dije antes, por la ropa que usas o la forma en que ahora cuidas los detalles. Es otra cosa, es que se te ve segura de ti misma, transmites algo positivo, algo que me hace... bueno... sentirme...

-Humm, ahora sí debes dejar de beber, porque estás comenzando a decir disparates...

-No, Iraima, no: antes eras simplemente una especie de compañera distante, en eso que viví como mi gran aventura. Ahora sé que eres una mujer bella, por dentro y por fuera, capaz de ayudar a un hombre cuando éste más lo necesita.

El extendió su mano, sobre el rojo mantel, hasta alcanzar la de ella.

-No te imaginas como deseé este día, Iraima, pero también cómo llegué a tenerlo.

Ella retuvo su mano, con el pulso firme de la amistad y la camaradería, aunque enseguida cedió: el apretón se convirtió en un roce más dulce, en un contacto demorado que se aproximó a la caricia, primero tierna pero luego sensual. Jorge, vacilando, asomó su última preocupación:

-Todavía no tengo idea de donde habré de dormir esta noche.

-Es preferible que hoy vayas a un hotel: hay mil sitios en esta ciudad.

-Yo no recuerdo ninguno.

El insistió en pagar la cuenta, pero ella se opuso, con irreductible firmeza. Caminaron bajo el cielo húmedo y sin estrellas de la gran ciudad, unidos por momentos de la mano, hasta el estacionamiento donde estaba el carro de Iraima. El le acarició el cuello cuando por fin se sentaron y ella, mirándolo, entreabrió ligeramente los labios. El beso fue prolongado, intenso, casi desesperado al final.

Muy juntos en el asiento delantero del flamante Malibú viajaron hacia el este de la ciudad, ya sin barreras que pudieran interponérseles. Era temprano todavía, y ella tuvo la previsión de detenerse a comprar una botella de ron en una licorería que encontraron a media cuadra del hotel.

El lugar era apacible, pequeño, y un empleado discreto les exigió el pago por adelantado. El lo hizo rápidamente, con un orgullo como de adolescente: en el registró apareció, sobre su firma, la letra temblorosa que decía: "Sr. Jorge Pacheco y Sra. Profesión: técnico gráfico."

Ya arriba, en la modesta habitación dominada por una cama de cobertor rosado, los sobrecogió la timidez, como si atinasen a reconocer que eran, en el fondo, sólo un par de desconocidos a los que unía un pasado impreciso.

Sentados sobre el borde de la cama bebieron de la flamante botella, sin tocarse. Pero él no dudó: comprendió que un trago más podía significar la pérdida ridícula de esa noche de amor, de la noche que tenía que cancelar más de mil días de humillación solitaria. Con manos que hubiese querido más expertas y firmes la tomó entre sus brazos, la besó otra vez, con insólita fiereza, hasta que estuvieron desnudos sobre ese lecho que los acogió mansamente.

Hubo pasión, esa pasión que en realidad él nunca antes había conocido, durante esa primera unión; se amaron como si el mundo estuviese a punto de acabarse. Luego, en el reposo de lo que ambos entendieron como un simple interludio, hubo pocas palabras. Ella fumó un cigarrillo, que él compartió, y no se vio obligada a la tediosa explicación de lo que él mismo se adelantó a decirle:

-Iraima querida, puedes aprovecharte de mí. Soy un hombre que todavía no sabe bien qué quiere hacer en este mundo, que se siente como cuando tenía diecisiete años, abierto a todo, sin la necesidad ni la absurda pretensión de exigir nada a nadie. No quiero interferir en tu vida, no deseo siquiera conocer los detalles. Aunque nunca, después de esto, podré olvidarme de ti.

Ella, con la natural sabiduría de las mujeres, alcanzó a excitarlo nuevamente. Esa segunda vez fue perfecta, lentamente gozosa, imaginativa y por momentos de verdad alucinante.

Iraima luego miró su reloj y dijo con dulzura:

-Jorgito, creo que ya es hora de que te deje dormir. Hay un profesor por allí esperándome y tengo que regresar. Para ser el primer día, me parece, has empezado bastante bien.

Se vistieron. Ella, previsiblemente, atendiendo a cualquier huella que pudiese delatarla; Jorge, con manos algo torpes, esperando ya de esa cama los íntimos placeres del sueño. Pero cuando ella se subió el cierre de su ceñida falda, delineando otra vez la forma telúrica de sus caderas, él, sin poder evitarlo, incorporándose apenas sobre la cama, extendió la mano y la introdujo en la estrecha abertura que proponía esa sedosa tela azul. Palpó con fruición la curva de sus muslos; las nalgas de Iraima, a pesar suyo, se movieron. Y pronto estuvieron otra vez sobre la cama, sintiendo la entrega total de quienes ya no tienen tiempo, amándose como lo hacen los que comprenden que nada puede saberse, en propiedad, acerca del futuro.

Ya con premura ella se dirigió hasta el estacionamiento de ese hotel donde existía la costumbre, sin duda respetuosa, de omitir las miradas y prohibir las preguntas. Jorge, esforzándose por transitar unos modales que nunca conociera, tuvo la gentileza de acompañarla y de aguardar los signos de su inevitable partida. Le costó muchos minutos, a pesar de la hiriente luz del corredor, descifrar la forma de una rebelde cerradura.

El despertar, oprimido por un dolor de cabeza que parecía provenir del comienzo de los tiempos, fue una lucha entre la costumbre de madrugar y la voluptuosa sensación de poseer un lecho amplio, solitario, alejado de ruidos y de luces intrusas.

Se duchó, tan sólo deplorando no tener cómo afeitarse, mientras concebía en esa mañana soleada la idea de instalar una pequeña imprenta: no le faltaban ni el conocimiento del oficio ni algunas relaciones que pudieran ser punto de partida para iniciar su negocio. Pensó otra vez en El Bicho, pero ahora sí de un modo diferente: la "Financiera del Norte" podría, seguramente, comprometer una pequeña suma en la rehabilitación de un ex-recluso.

Bajó a desayunar y a comprar una afeitadora, y se demoró todavía un poco más haciendo unas llamadas telefónicas. Con ánimo optimista enfrentó la luz del sol y el afebrado rumor de una ciudad que parecía esperarlo. El reloj que estaba frente a la recepción señalaba las once y cuatro minutos cuando atravesó, resuelto, la discreta salida del hotel.

Carlos Sabino

Caracas, 1989